

EL PRINCIPAL MONUMENTO A PIZARRO TODAVÍA SUBSISTE

WILFREDO ARDITO VEGA

Profesor de Sociología del Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Magíster en Derecho Internacional y Derechos Humanos por la Universidad de Essex, Inglaterra.

Decenas de veces he llevado a pasear por el centro de Lima a extranjeros y algunos peruanos. Caminábamos por la Alameda Chabuca Granda, entre los asistentes a espectáculos de vales o huaynos y los compradores de dulces típicos. Muchas personas contemplaban el cerro San Cristóbal o esperaban ante los puestos de anticuchos. Nosotros pasábamos ante la Casa Aliaga, con su hermoso balcón y luego, por el costado del Palacio de Gobierno, seguíamos hacia la Plaza de Armas. Cuando estábamos rodeados de peruanos mestizos y andinos que se dirigían al Rimac, y mis amigos se sentían inmersos en el “Perú profundo”, en plena Lima, surgía el monumento a Pizarro. El efecto nunca fallaba: sorpresa, desconcierto. ¿Qué relación podía haber entre esa estatua y los peruanos de a pie?

Cuando supe que el monumento había sido retirado, estaba yo en Tumbes y lamenté que uno de los hitos fundamentales de mis paseos se hubiera perdido. Pensé que el alcalde Luis Castañeda había debido consultar a los ciudadanos, porque creo que la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones es un principio fundamental de la democracia. Sin embargo, luego me dije que un monumento a Pizarro en la Plaza de Armas contradecía todos los principios que el Perú ha proclamado oficialmente desde la Independencia y aquellos ideales de quienes luchan por los derechos humanos y la democracia.

Erigir un monumento a quien encabezó un proceso de saqueo y genocidio resulta bastante discutible. Que este monumento exista en el país donde los crímenes se cometieron es francamente absurdo. Es difícil señalar una virtud en Pizarro que justifique semejante reconocimiento. ¿Puede una sociedad hablar de tolerancia, integración y aceptación mutua y a la vez rendir homenaje a quien pisoteó todos estos principios? ¿Puede plantearse un proyecto común como país, incluyente, si se mantiene en un lugar central de la ciudad a quien precisamente nos convirtió en la sociedad excluyente que es todavía el Perú actual?

Y sin ir tanto a temas políticos, podemos plantear simplemente una problemática ética o penal. ¿Cómo puede plantearse que es malo matar y robar si al mismo tiempo se acepta que exista un monumento a quien ejerció en abundancia ambas profesiones? Pizarro es precursor de los secuestradores más abyectos: no sólo capturó a Atahualpa, para exigir luego un valioso rescate por su libertad, sino que, cuando éste se obtuvo, hizo asesinar a su víctima. La diferencia fue que empleó artilugios legales para justificar su crimen, otro legado que varios futuros gobernantes aprendieron.

Un monumento a Pizarro recuerda las estatuas que los griegos levantaban en honor a Júpiter o Mercurio, seres con un prontuario de homicidios y violaciones, pero a los que se rendía culto para obtener su apoyo. De manera similar, algunos peruanos pretenden

todavía exculpar a los conquistadores de todo juicio moral, asumiendo que su fortuna o habilidad militar (incrementadas por los caballos, las armas de fuego y la epidemia de viruela) justifican ser homenajeados.

Es extraño que el retiro del monumento haya sido criticado como una afrenta a la identidad nacional o, por lo menos, a nuestro componente hispánico. Llamar a Pizarro genocida no implica de ninguna manera abominar del componente hispano de nuestra sociedad. Ni Hitler ni Stalin representan a los alemanes o a los rusos actuales. Desde la religión hasta el idioma, los elementos culturales provenientes de España de los que podemos enorgullecernos, disfrutar o simplemente reconocer, son muchos más que los crímenes que cometió Pizarro. De igual forma, sería ingenuo pretender negar los aportes de cualquiera de los componentes de nuestra sociedad, provengan de Andahuaylas o del Ucayali, como de Angola, de Liguria o de Okinawa.

¿Por qué tanta sensibilidad por una estatua? Porque, lamentablemente, en nuestra sociedad todavía no ha calado la idea que los peruanos somos iguales y tenemos los mismos derechos. A Pizarro se le perdona la violación, la traición y la alevosía, porque se practicaron frente a indios y porque finalmente, a través de sus crímenes, logró integrar al Perú a las naciones occidentales.

Naturalmente, es una integración relativa y subordinada, pero ese no es el punto de discusión, sino que todavía algunos creen que puede sacrificarse la vida de los indios actuales en aras de una necesidad colectiva. En tiempos de Fujimori casi trescientas mil mujeres campesinas, en su abrumadora mayoría andinas, fueron esterilizadas por las huestes del Ministerio de Salud. Los médicos y las enfermeras involucrados siguen en sus puestos... y de vez en cuando participan en huelgas para obtener aumentos de sueldo.

En tiempos de Belaúnde, tres mil campesinos fueron asesinados por los militares y, ante las denuncias de Amnistía Internacional, el Presidente declaró que las arrojaba a la basura. A pesar de ello, hace un año fue enterrado como un “demócrata”. Al parecer, matar, esterilizar o saquear es malo, pero cuando la víctima es un indio, indígena, cholo, andino o campesino, como queramos decirle, es menos malo o excusable.

Casi quinientos años después que Pizarro desembarcó en Tumbes, nuestra sociedad todavía manifiesta las escisiones que generó la Conquista. En el Perú hay millones de mestizos, pero todavía no es un país mestizo. El color sigue protegiendo, sea a Pizarro, a Belaúnde o a los dueños de Utopía. Y ese es el legado que continúa. Es perfectamente coherente mantener la estatua de Pizarro en la Plaza de Armas, con la subsistencia de locales segregacionistas en Larcomar,

el centro comercial El Polo o la avenida Conquistadores (curioso nombre para una vía importante) de San Isidro, donde los peruanos mestizos y andinos no pueden ingresar y tampoco trabajar... Como muestran los trágicos sucesos de los años ochenta, las esterilizaciones de los noventa o lo ocurrido en Mesa Redonda hace año y medio, millones de peruanos están excluidos hasta de la compasión.

A quienes insisten que no debemos avergonzarnos de nuestro componente hispano habría que preguntarles si no es más frecuente el Síndrome Ripley: una tienda con millares de compradores mestizos, negros y orientales, que se avergüenza de todos ellos, al evitar mostrar ese tipo de rostros en su publicidad. Algunas de las flamantes Empresas Prestadoras de Salud llegan incluso a negar la posibilidad de atender personas de raza andina: en el rubro "raza" de sus cuestionarios la opción "andina" no existe. Las personas que tengan rasgos andinos o amazónicos se ven obligadas a autodefinirse como "mestizos".

Pizarro representa la codicia, la traición, la manipulación de la religión y de la ley en interés propio. Retirarlo de la Plaza de Armas no implica romper con la cultura occidental o las tradiciones hispanistas, sino un acto simbólico contra la impunidad, la violencia y el abuso hacia millares de peruanos... situaciones que, como mostrará pronto el informe de la Comisión de la Verdad, son terriblemente actuales.

El mejor símbolo de la exclusión en la sociedad peruana ha sido retirado. Pero sólo cuando los racistas dejen de encontrar locales que les ofrezcan una rigurosa segregación, cuando sepan que no pueden ya tutear a sus compatriotas de piel más oscura, cuando la publicidad de Gloria o Alicorp muestre peruanos de todas las razas, cuando los peruanos venzamos al Pizarro que llevamos dentro (que se avergüenza y pretende que desaparezca su parte indígena), sólo en ese momento habremos remontado el legado del maligno conquistador.